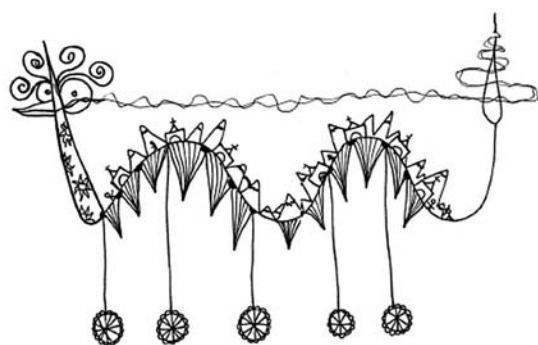


Un Ricardo Palma para el Perú del siglo XXI¹



Ramón León Donayre
Universidad Ricardo Palma
ramón.leon@urp.edu.pe

Resumen:

El autor señala el significado de la vida y la obra literaria de Ricardo Palma para el Perú del siglo XXI proponiéndolo como ejemplo de compromiso con los grandes problemas sociales y profundo conocedor de la mentalidad de los peruanos.

Palabras clave: Ricardo Palma, Siglo XXI, problemas sociales, Perú

Abstract

The author points out the meaning of life and the literary work of Ricardo Palma for 21st century Peru, proposing it as an example of commitment to major social problems and a deep knowledge of the mentality of Peruvians.

Keywords: Ricardo Palma, 21st century, social problems, Perú

“Nunca ha sido fácil vivir en el Perú”, escribió poco antes de su prematuro fallecimiento Alberto Flores Galindo, brillante, prolífico y controversial historiador.

Cierto: el Perú en el cual él vivió no era precisamente el Edén. Los que tenemos algunos años lo recordamos sin nostalgia alguna, pero sí con el temor de que volvamos a vivir una época semejante: la grave crisis económica, una de las más desastrosas de las que se tiene registro a nivel mundial en el siglo pasado, así como la ubicua y sangrienta presencia del terrorismo, hacían del vivir en estas tierras casi una tragedia, obligándonos a una existencia a salto de mata. Era muy difícil en ese entonces imaginarnos un futuro

promisor. Basta con repasar los títulos de algunos libros aparecidos en esa época para tener una idea de lo que ocurría: *Desborde popular y crisis del estado*, de José Matos Mar, anunciaba, ya en la portada, la visión crepuscular de una nación que parecía encaminarse con suicida resolución al abismo. Otro tenía por título *La crisis del estado patrimonial en el Perú*. Recuerdo uno más, editado por una periodista, con un título en verdad sombrío: *Sobre el volcán*, libro de entrevistas hechas por María del Pilar Tello.

Desde entonces algunas cosas han cambiado en nuestro país. No todas, es verdad. Es por eso que podemos sostener que lo escrito por Flores Galindo conserva actualidad, mucho más en estos días en que el país es azotado por la naturaleza y escenario de situaciones desgarradoras.

Este es el país en que nos ha tocado vivir. Un país, o mejor dicho una patria, rodeada de una geografía desafiante, que atrae a turistas pero que atemoriza a quienes no estamos de paso por acá y que vivimos todos los días en medio de ella; una patria en la que hay multiplicidad de culturas y de lenguas, algunas ignoradas por todos los demás. Una patria puesta a prueba por devastadores fenómenos climáticos, por movimientos sísmicos que destruyen en segundos lo construido en años de esfuerzo, y, no menos grave, una

¹ Texto de la conferencia del autor en la ceremonia de Apertura del Año Académico 2017-1 de la Universidad Ricardo Palma, el miércoles 5 de abril del 2017.



patria fracturada por brechas económicas, de género y étnicas (véase López, 1997).

En este país, que enfrenta tantas amenazas provenientes de la tierra, del cielo y del agua, nacieron, crecieron, trabajaron y forjaron su obra personalidades del mundo de la ciencia como Hipólito Unanue, Honorio Delgado, Alberto Hurtado, Federico Villarreal y Julio C. Tello; y figuras destacadas de las humanidades como José Carlos Mariátegui, Víctor Andrés Belaúnde y Jorge Basadre.

Y fue también en estas tierras en las cuales vivieron y escribieron muchas de sus grandes obras, literatos como Abraham Valdelomar, Ciro Alegría, José Santos Chocano, César Vallejo, José María Arguedas, y, por supuesto, quien da nombre a nuestra casa de estudios: Ricardo Palma.

Si pudiéramos, gracias a algún artilugio, convocarlos a todos ellos, todos, al unísono, nos dirían que el Perú que les tocó vivir también fue un país difícil, una patria huraña que exige ser querida y demanda nuestro esfuerzo, a pesar de que nos ofrece como cuna una geografía inhóspita y como ambiente familiar una realidad de luchas, desencuentros e injusticias.

Dictaduras, guerras, sublevaciones, períodos de anarquía y de graves carestías, rupturas de nuestro precario orden constitucional, derechos conculcados y hasta pisoteados, represalias, pobreza desbordada en miseria, pasiones políticas desmedidas, persecuciones, corrupción metastásica: todo eso ha abundado en nuestra historia, haciendo compañía a terremotos, fenómenos del niño, aluviones, friajes y sequías,



Figura 1. Johannes Kepler.

visitantes indeseados pero frecuentes de los peruanos.

Ese ha sido el escenario en el cual las personalidades antes mencionadas vivieron y trabajaron, embarcándose, como lo afirmara Basadre en frase afortunada, en una terca apuesta por el Perú.

Arguedas tuvo que soportar que su obra fuera vista con desdén por algunos que creían conocer mejor el Perú, parapetados en sus cátedras universitarias. Ciro Alegría sufrió persecución, cárcel, tortura y destierro. Vallejo emigró y murió a diez mil kilómetros de distancia. José Santos Chocano tuvo una vida errática. Mariátegui, muerto a temprana edad, fue víctima en vida de la indiferencia, lo mismo que Delgado, Hurtado y otros pensadores. Creadores y científicos recibieron como mezquina recompensa a sus valiosos aportes a la peruanidad. Y si nos remontamos aún más en el tiempo, cómo no mencionar al Inca Garcilaso de la Vega, que murió en España, adonde viajó llevándose al Perú de los Incas en su corazón y en su mente, un mundo perdido que él rescató para nosotros en sus *Comentarios reales*.

Sobreponiéndose a tanto dolor, a tanta injusticia, a tanta indiferencia, todos ellos, como decimos, nos han legado una obra impresionante, orgullo de la peruanidad, reconocida, como casi siempre sucede en nuestro medio, solo tras la desaparición física de quienes la forjaron. Todos ellos son ejemplo de tenacidad, de esperanza, y de creatividad. Todos ellos fueron tercos, obstinados apostadores por el Perú.

Si algo tenemos que reprocharles es que casi ninguno de ellos nos ha dejado sus memorias, su autobiografía, ni siquiera un recuento breve pero íntimo de lo que vivieron, de lo que sintieron durante su creativo paso por estas tierras. Solo Basadre constituye la excepción². La mayoría prefirió guardar silencio, quizás porque el silencio, el ayuno de la palabra pronunciada o escuchada, acompaña siempre a todo proceso creativo, es su *conditio sine qua non*.

Estoy seguro, sin embargo, que si tuviéramos a la mano sus recuentos autobiográficos podríamos darnos cuenta de que todos, en lugar de hacer un inventario de justificadas quejas y repetidas frustraciones, nos hablarían de su férreo entusiasmo y de su creencia inquebrantable en la posibilidad de un Perú mejor, esa posibilidad que se mantiene

2 *La vida y la historia. Ensayos sobre personas, lugares y problemas*, Lima, Industrialgráfica, 1981.

intacta y palpitante gracias a sus creaciones. Eso es precisamente lo que aparece en el texto de rememoración de momentos y personas de su vida que nos ha dejado Basadre.

Ricardo Palma no es la excepción a todo lo que venimos diciendo. Nacido en 1833 y fallecido en 1919, el *Tradicionista* tampoco tuvo una existencia fácil. Los años de su infancia, en un hogar modesto que pronto naufragó, coincidieron con los albores de la República. No habían transcurrido diez años aún desde la Batalla de Ayacucho, cuando él viene al mundo. El Perú que acogió al recién nacido no se distinguía por la tranquilidad y el progreso. Muy por el contrario: estaba a merced de caudillos y de ambiciones descontroladas, y resentía la ausencia de pensadores y visionarios como José Faustino Sánchez Carrión, muerto en 1825.

La temprana infancia de nuestro epónimo coincide igualmente con la breve pero intensa etapa de la Confederación Peruano-Boliviana, proyecto animado por Santa Cruz, pero combatido en numerosas batallas, que cobraron la vida de miles de peruanos.

Los años de esa Confederación son una verdadera cornucopia de hechos inverosímiles. En una de sus más sabrosas tradiciones, aquella que lleva por título “Un negro en el sillón presidencial”, nuestro *Tradicionista* nos presenta a un personaje estrafalario, León Escobar, surgido solo Dios sabe de dónde, un bandolero al que Palma describe como “capitán de una cuadrilla de treinta bandidos”, que en 1835, cuando Salaverry deja la capital para trasladarse a Arequipa, ingresa a una Lima desguarnecida y consigue sentarse en el sillón reservado al primer mandatario, que solo abandonará tras recibir el pago de dos mil quinientos pesos, reunidos apresuradamente por un grupo de ciudadanos. Si esto no es verdad, como más de alguno lo sostiene, el solo hecho de que le pasara por la cabeza a Palma el crear un relato de un forajido irrumpiendo en el Palacio Presidencial nos da una idea de cómo la gente podía imaginarse todo, lo posible y lo imposible, en tiempos de conmoción y desorden como los vividos en aquella época.

Cuando Palma cumple diez años, reina una vez más la anarquía en el Perú a consecuencia de la muerte de Agustín Gamarra en la batalla de Ingaví. Desfilan por la presidencia en menos de tres años Manuel Menéndez, Juan Crisóstomo Torrico, Manuel Ignacio de Vivanco, Francisco de Vidal, Domingo Elías, Justo Figuerola. Han quedado anécdotas de esa época. Una de ellas, recogida por Palma, tiene por título “Tirar

la bandera por el balcón”. El título no es una figura literaria. Al parecer corresponde a lo que hizo Don Justo Figuerola para calmar al populacho que, ante la puerta de su casa, en el Jirón de la Unión, le exigía en tono amenazador dejar la presidencia de la república. Solo la llegada de Ramón Castilla restauraría el orden.

Cuando Palma frisa los veinte años, es testigo de ese bacanal de corrupción que se conoce con el nombre de *consolidación de la deuda interna*, durante el gobierno de José Rufino Echenique, uno de los más corruptos en nuestra historia (v. Quiroz, 2008), que ya bastante es decir eso. A los 32 años, Palma participa en la Guerra contra España, después de retornar al país tras un prolongado destierro. El 2 de mayo de 1865 lo encontramos al lado de José Gálvez, el gran héroe del combate librado en esa fecha. Solo un milagro puede suponerse para entender cómo es que no murió en esa ocasión.

Concluido el conflicto con España, Palma ingresa a la vida política apoyando al presidente José Balta, cuyo trágico fin dio lugar al linchamiento de los hermanos Gutiérrez. La escena, perennizada en un cuadro que muestra a los cadáveres de esos hermanos colgados de un farol de la Plaza de Armas, es tan macabra que nos exime de cualquier comentario.

Ya para entonces Palma está por los cuarenta años y ha decidido, desde tiempo atrás, dedicar su pluma a relatar la vida del Perú y de los peruanos en la Colonia y en lo que viene viviendo de nuestra caótica vida republicana.

Años después, acude a la defensa del territorio patrio durante la funesta Guerra del Pacífico, cumpliendo esa labor en los alrededores de Lima, cuando ya todo está perdido, pero los patriotas de entonces se niegan tercamente a la rendición. Sale con vida de este



Figura 2. Víctor Andrés Belaúde.



conflicto, aunque sus propiedades y en especial sus escritos, alguna novela entre ellos, son víctimas de la vesania y el ensañamiento de los invasores.

Tras la guerra, sumido en la tristeza y rodeado de un panorama desolador, Palma no se repliega ni busca el descanso o, al menos, la lejanía de tanto dolor y abandono, sino, una vez más, se entrega a la reconstrucción del país desde el lugar en el cual nadie mejor que él puede desempeñarse: la Dirección de la Biblioteca Nacional, saqueada y destrozada sin clemencia por el enemigo.

El calificativo que él mismo se asigna, el de Bibliotecario Mendigo, hace innecesaria la descripción de lo que él recibió y de la forma en que desplegó sus esfuerzos. Podemos dejar volar acá nuestra imaginación para adivinar todos los medios a los que recurrió Don Ricardo. “Aquel viejecito amable, aquel buen amigo, aquel príncipe del ingenio”, como lo calificara Rubén Darío tras haberlo visitado en nuestra capital un caluroso día de febrero de 1888, pone al servicio del país sus escasas fuerzas pero su inmenso prestigio, emplea toda forma de presión sutil, de reclamo justiciero y de ruego que no llega sin embargo a súplica, para devolver a los anaqueles de nuestra Biblioteca los libros que están ausentes, que han sido robados o maltratados, y para enriquecerlos con nuevas adquisiciones que nada le cuestan a un país exánime, incapaz de poder ofrecer nada a cambio, y que depende solo de la riqueza del intelecto y de la grandeza de corazón de Don Ricardo.

En el discurso pronunciado el día en que la Biblioteca Nacional se reabre, el 28 de julio de 1884, tan solo ocho meses de haber asumido su dirección, Palma dice, con su natural modestia:

Puse al servicio de la patria lo poco que de actividad, de inteligencia y de entusiasmo pude conservar en mi



Figura 3. Alberto Flores, Chiquián. Fiesta de Santa Rosa. Agosto, 1984.

espíritu. Sé que en la milicia de la vida no son laureles todo lo que se cosecha, que no hay campos sin abrojos y espinas [...] y que acaso no faltará alguien que diga que en ocho meses era imposible organizar la Biblioteca (en Hampe, 2017: Par: 15).

Deponiendo su orgullo, apelando a la amistad de antaño y a un sentido elemental de justicia reparadora de por lo menos algunos de los daños causados, nuestro *Tradicionista* le envía una carta en 1884 nada más y nada menos que al presidente de Chile, Domingo Santa María, a fin de que este ordene la devolución de las obras saqueadas, algo que el mandatario chileno hace, informándole de su decisión en carta del 14 de marzo de 1884, escrita en Valparaíso (Paz Soldán, 1884).

En ese cargo, que él desempeñó como ninguno otro antes y después, Palma permaneció hasta 1912, cuando, en medio de disputas políticas, fue injustamente destituido.

Como puede verse, la vida de Palma de ningún modo fue tranquila. Él, como todos los demás, habría hecho suya la frase “nunca ha sido fácil vivir en el Perú”. El suyo fue un Perú conmovido, un Perú llevado de aquí para allá por las pasiones de caudillos, unos pocos con cierta lucidez, la gran mayoría solo ambiciosos; un Perú inmerso en una de las guerras más sangrientas que se han vivido en esta parte del mundo, solo superada quizás por la aún más sangrienta Guerra de la Triple Alianza. Un Perú del cual algunos de sus mejores hijos debían alejarse, él mismo lo hizo por un tiempo, para estar a salvo de conjuras, prisiones y hasta asesinatos.

Debemos preguntarnos cómo es que, en medio de todo esto, Don Ricardo encontró tiempo, energía y voluntad para forjar la obra que nos ha dejado en herencia. ¿Cómo es que su talento y su creatividad permanecieron indemnes en medio de tantas correrías, en medio de tanto y tanto desorden, de tantas intrigas, malas voluntades y de todo aquello que circula al ras del suelo?

La psicología, como se sabe, viene explorando desde hace muchos años el fenómeno de la creatividad, gran tema no solo de esa ciencia sino, entre tanto, también de la sociología y de la antropología³. Concepto fundamental en el siglo XXI, por lo demás.

¿Cuáles son las condiciones personales y las sociales que permiten la expresión de la creatividad, además de

3 Véase *The origins of creativity*, por Edward O. Wilson, New York, Londres, Liveright Publishing Corporation, 2017.

una buena dotación neuronal? Se sabe que sociedades democráticas favorecen mucho más la creatividad que las sociedades autoritarias; se sabe asimismo que vidas que discurren en medio de una atmósfera de paz y de respeto a las diferencias constituyen el apropiado caldo de cultivo para el despliegue de los poderes creativos de cada cual.

Pero la historia también nos enseña que en muchos casos la creatividad se ha desplegado “a pesar de”, y que ese “de” abarca muchas cosas. A pesar de problemas personales graves, como en el caso de Santiago Ramón y Cajal y de Karl Marx, a pesar de inconfundibles trastornos psiquiátricos, como lo evidencian la vida y la obra de Virginia Woolf, y a despecho de momentos, situaciones, contextos y sociedades en los que los seres humanos muchas veces se preguntaban, con toda razón, si al día siguiente iban a estar vivos. Es decir, en medio de sociedades en las cuales la ley de la jungla parecía a punto de decidir sobre sus destinos.

Veamos si no la vida de Johannes Kepler, cuya obra creadora se desarrolla a pesar de la Guerra de los Treinta Años en Europa; o la de Ludwig van Beethoven, regalando a la humanidad, en medio de la más absoluta sordera, un torrente maravilloso de melodías; o la de Dimitri Shostakovich, en medio de una Leningrado cercada por el enemigo y con pobladores que literalmente estaban muriéndose de hambre (él era uno de ellos), pero que persiste en orientar su escasa fuerza vital, lo poco de las migajas de energía que aún le quedaban, en la composición de la sinfonía que lleva el nombre de esa ciudad.

Y, volviendo a nuestra realidad, veamos a los personajes que hemos mencionado al comienzo. Arguedas escribió sobre la experiencia de la prisión en *El Sexto*, y convirtió su drama personal, el mismo que lo llevaría a quitarse la vida, en materia prima para su obra *Los zorros de arriba y los zorros de abajo*. Basadre extrajo de la dolorosa experiencia de la ocupación chilena de Tacna, voluntad, cariño y conocimiento para darnos a los peruanos su *Historia* de nuestra república. Tal fue asimismo el caso de Ricardo Palma, un nombre que todo peruano conoce.

En efecto. Al lado del de los fundadores del Imperio Incaico, del de San Martín y Bolívar, y del de Bolognesi y Grau, el nombre que todos hemos escuchado desde niños es el de Ricardo Palma.

Y se nos ha quedado grabado porque lo hemos escuchamos por primera vez en una olvidada tarde

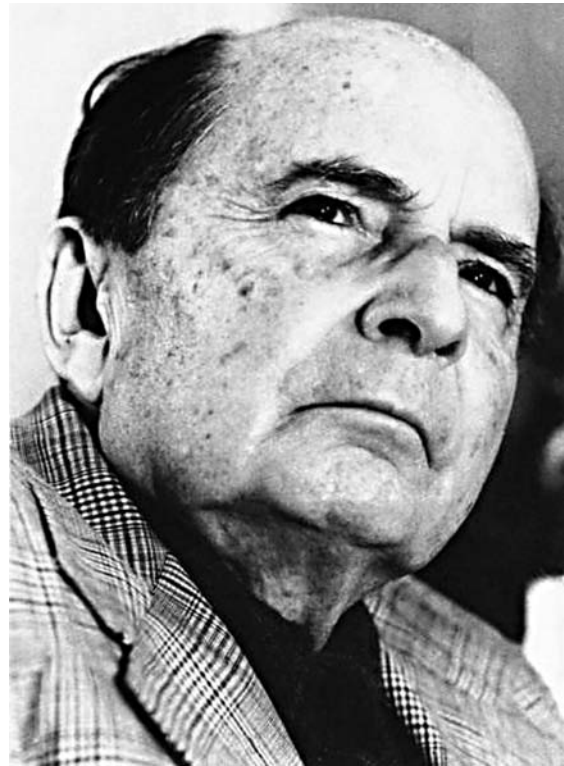


Figura 4. Jorge Basadre.

de nuestra infancia, cuando nuestra abuela o nuestra madre nos relataron alguna de las *Tradiciones*, a veces como último recurso que calmara esa hiperquinesia desesperante, que tiene en permanente estado de emergencia a todo aquel que tiene algún pequeño en casa. Se nos ha quedado grabado, porque lo escuchamos por primera vez con los ojos atentos al rostro de la madre o de la abuela, que con sonrisa cómplice, cambiante entonación, gestos oportunos y moraleja incluida, nos daba a conocer “Al rincón quita calzón”, por ejemplo.

Ese nombre lo hemos vuelto a escuchar, una y otra vez, en nuestra adolescencia, en los cursos dedicados a la literatura de nuestro país. Y lo seguimos escuchando cuando nuestra casa de estudios se hace presente en las noticias, cuando da a la luz un nuevo libro de nuestro Fondo Editorial, cuando se celebra la Feria del Libro, y cuando vamos por calles y plazas que llevan su nombre. Ricardo Palma no es un viejo conocido de los peruanos; él es en realidad uno de nuestros primeros y más fieles amigos, con el que mantendremos un diálogo con los ojos cualquier tarde en que, cansados del tráfigo cotidiano, busquemos algo de solaz y de cultura proveniente de nuestra tierra. Su nombre, su rostro, sus *Tradiciones*, no requieren de mayor presentación, están desde siempre en nuestra memoria.

Pero por más que sepamos de una persona, jamás terminaremos de conocerla. Y aunque Ricardo Palma

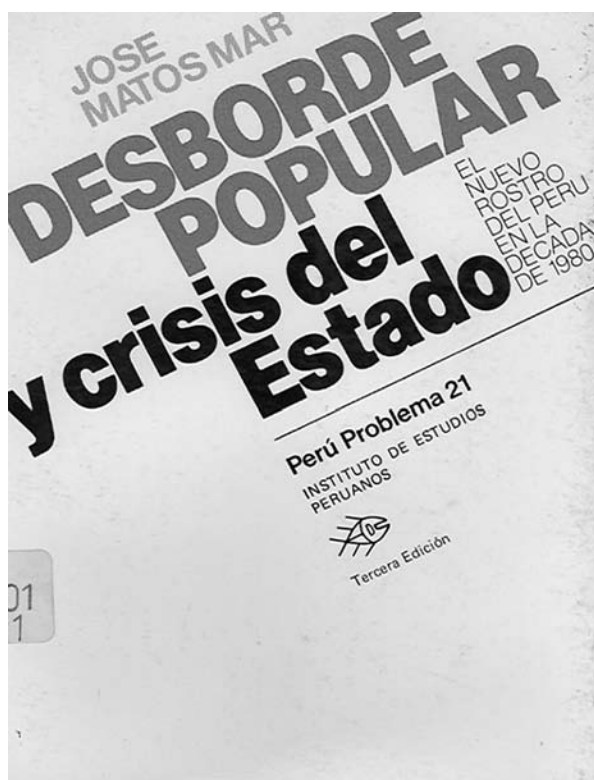


Figura 5. Carátula del libro de Matos Mar.

nos sea un viejo conocido, hay ángulos, entresijos, meandros y tramos de su existencia, de su vida pública pero también y sobre todo de su vida privada que nos son y permanecerán desconocidos para siempre. Por eso es que podemos reclamarle sus memorias.

Si algo sabemos de él, es que Ricardo Palma se pasó buena parte de la vida que vivió observando, no estudiando, reflexionando; no juzgando, nuestras idas y venidas, nuestras emociones, tanto las nobles como las inconfesables, y nuestras conductas e inconductas. No nos estudió, porque no se estudia a quien uno quiere y siente como suyo. No nos miró con el gesto adusto y la inmisericorde palabra de reproche siempre a flor de labios de Manuel González Prada, ni con la soberbia de Chocano, ni con la melancolía resignada de Vallejo. No, esa no fue su actitud frente a nosotros.

Él nos miró con benevolencia, no con ingenuidad, porque quien lea sus *Tradiciones* se dará pronto cuenta de que Palma reconocía ese fondo de oscuridad y de ambivalencia que se adivina en muchos de nuestros actos, en los grandes momentos y también en los pequeños. Él sabía que los peruanos, más allá de bromas y chanzas, tenemos conciencia de las severas limitaciones espirituales que debemos aún superar como pueblo. Él sabía que muchas veces nos atenaza esa urgencia de ser mejores, de dejar atrás y arrepentirnos de algunas indignidades de las que hemos sido

capaces. Sabía también que nos falta esa constancia en el esfuerzo de la que él hizo uso y gala, y que está reñida con la frivolidad y los devaneos propios de la así llamada mentalidad criolla. Él sabía eso, y con su obra y su comportamiento nos ha enseñado que es posible una seriedad digna y, al mismo tiempo, un sentido del humor, desprendido de la chacota y la chabacanería; un humor que se destile en dosis apropiadas y con formas elegantes, no importa que se le crea inglés, francés o ruso.

Palma sabía que, tal como lo sostiene un gran psicólogo, Alfred Adler, los rostros más adustos y los ceños más fruncidos son solo la máscara tras la cual se oculta siempre la faz asustada del niño o del adolescente pescados en falta.

Su familiaridad con la Colonia, su mirada atenta y precisa de los peruanos de una república que desesperadamente buscaba ser digna de esa denominación, el trajinar por palacios, atrios y bibliotecas, así como también por plazuelas y barrios, el contacto con mucho de lo mejor y más prometedor, pero también con los simples hombres y mujeres de a pie de nuestro país, le concedieron un certero conocimiento de nuestra mentalidad, una percepción clara de nuestros defectos y hasta de nuestras bastardías, que él no denunció en discursos de tono altisonante, sino, más bien, delineó por medio de relatos en los que el escepticismo con respecto al prójimo, la cautela en la vida de relación con los demás, se arropan en un lenguaje sencillo que no nos agrede ni nos sobresalta, y asumen el perfil de personajes que todos podemos entender y sentir como cercanos, porque en buena medida somos nosotros mismos vistos en el espejo que se toma el trabajo, sin embargo, de darnos algunos retoques. Palma fue un educador, que tiene como norma máxima de su labor pedagógica educar y corregir con calma, con paciencia, con filosofía estoica vestida con traje de humor.

Fue en la Colonia en la cual se fue forjando el Perú de hoy, tal vez más para mal que para bien. Palma era un profundo conocedor de las sensaciones, los temores, las esperanzas, las taras y las excelencias de esa etapa de nuestra vida como pueblo. Fue un experto de la peruanidad de aquel entonces, de un pasado cada vez más lejano, pero cuyos remanentes aún pueden reconocerse hoy, y que, por tanto, eran más claramente reconocibles en la época en que vivió nuestro tradicionista.

La Colonia le dio eso a Ricardo Palma. Y la República, la república naciente en la que él vino a este mundo,

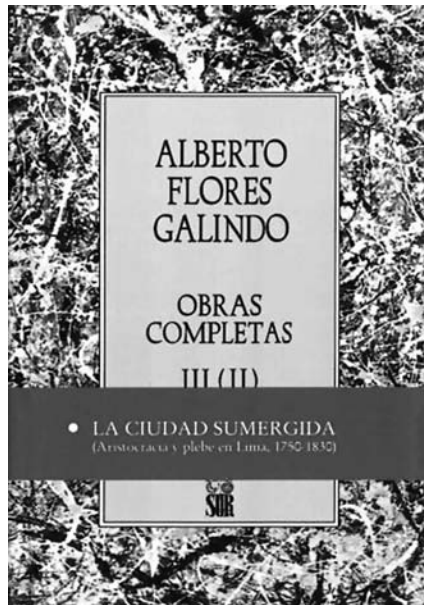


Figura 6. Portada Obras Completas.

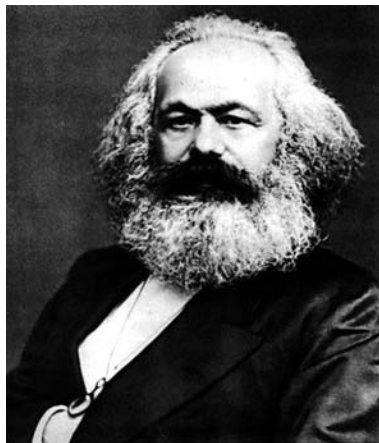


Figura 9. Karl Marx.



Figura 7. Honorio Delgado.



Figura 10. Faustino Sánchez Carrión.



Figura 12. Federico Villarreal.



Figura 8. Julio C. Tello.

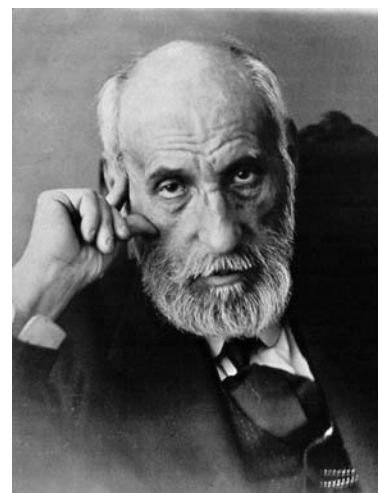


Figura 11. Full Size Render.

y la República sufriendo que le tocó vivir en los años ochenta y noventa del siglo XIX, le ofrecieron un amplio muestrario de comportamientos unos superiores y otros rastreros, unos pocos inteligentes y muchos de ellos obtusos, que Palma reprobó cuando creía que debía hacerlo o saludó cuando sentía que era lo correcto.

Pero siempre, como podemos comprobarlo en las *Tradiciones*, Palma nos miró como el amigo benevolente que nos llama la atención adobando sus reproches con gestos de cariño.

Por eso es que nuestros padres y nuestros abuelos, nosotros mismos, cuando hablamos de Palma lo hacemos como si fuera alguien de la familia. Criticamos

a este o a aquel escritor, cuestionamos las actitudes políticas de este intelectual o del otro, manifestamos abiertamente nuestras preferencias, nuestras antipatías y hasta nuestros aborrecimientos con respecto a tal o cual novelista o a tal o cual ensayista. Pero cuando llega el momento de hablar sobre Ricardo Palma, esbozamos una sonrisa, soltamos un “ah” e iluminamos nuestros ojos, porque vuelve a nuestra memoria el recuerdo de alguna tarde con nuestros padres o nuestros abuelos, en la que ellos nos relataban alguna de sus tradiciones; porque revivimos la ocasión en que leímos “Al rincón quita calzón”, la “Historia de un cañoncito” o “Los mosquitos de Santa Rosa”, y sentimos que si eso, como dicen algunos, no corresponde a la historia y no fue verdad, pues debió serlo. Y en todo caso lo es para nosotros.

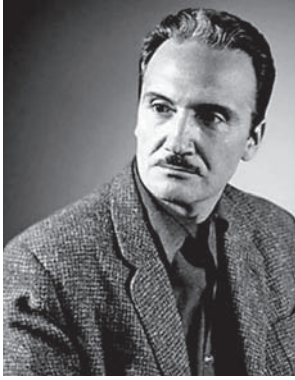


Figura 13. J. M. Arguedas.

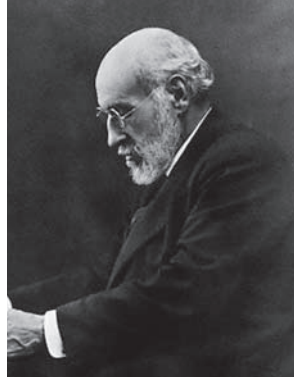


Figura 14. Ramón y Cajal.

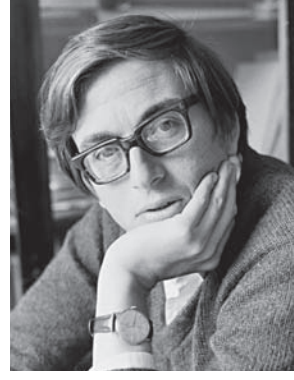


Figura 15. Flores Galindo.



Figura 16. Hipolito Unanue.



Figura 17. Pedro Paulet.

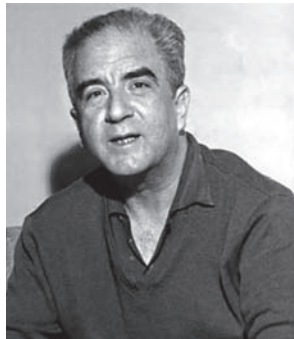


Figura 18. Ciro Alegría.

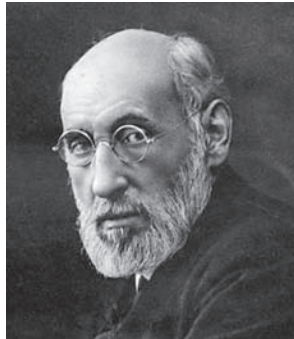


Figura 19. Ramon y Cajal.



Figura 20. Ramón Castilla.



Figura 21. Alfred Adler.



Figura 22. L. V. Beethoven.



Figura 23. José Matos Mar



Figura 24. Dimitri Shostakovich.



Figura 25. J. M. Arguedas.



Figura 26. San Martín.



Figura 27. Bolívar.

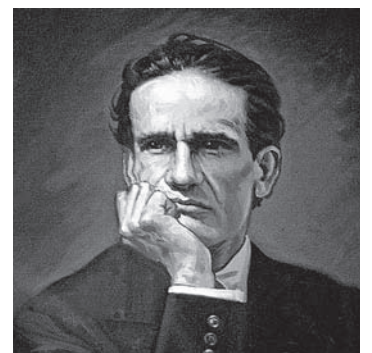


Figura 28. César Vallejo.



Es por eso que muchos escritores peruanos han ido y han venido, han sido ensalzados en un momento y olvidados para siempre en el siguiente instante, en unos casos con razón y en otros injustamente. Pero Ricardo Palma, aquel que da nombre y lustre a nuestra casa de estudios, ha permanecido actual, resistiendo el paso del tiempo. Inclusive, el paso de tiempos difíciles como estos que nos toca vivir.

En estos tiempos es hora de volver a nuestro epónimo, a Ricardo Palma. Su vida estuvo al servicio de este país en varios frentes: en el militar, en el político, y en el literario. Su arma no fue solo su aventajada pluma, su fantasía fértil y su insuperable capacidad para entrelazar hechos reales con acontecimientos urdidos en su mente. Su arma fue en realidad su inmenso amor por el Perú y todos los peruanos, su voluntad de servicio y su pasión por todo lo que vivía y se sentía en estas tierras.

Se suele decir que las *Tradiciones Peruanas* son nuestras *Mil y una noches*. El símil es completamente aceptable. Pero, una pregunta, para acabar: ¿qué pasó al día siguiente en que Scherezade contabilizó mil y una noches subyugando al rey Schariar con sus relatos? ¿qué pasó?, ¿qué pasó en la noche número mil dos? ¿en la número mil tres? ¿en la número mil cuatro? No lo sabemos, solo podemos suponerlo.

Pero todos sí sabemos que pasó y qué sigue pasando en el caso de las *Tradiciones*, las *Mil y una noches* de los peruanos: en la noche número mil dos, en la mil tres, en la número mil cuatro y en la mil quinientos, en las noches del siglo antepasado, en las del siglo XX, y en todas las noches del presente, Palma siguió trabajando. Porque él sigue trabajando a favor del Perú aquí en nuestra casa de estudios que se esfuerza todos los días y todas las noches por estar a la altura del mandato que su epónimo le ha dado. Porque Palma sigue trabajando día y noche cada vez que algún profesor de literatura lo menciona en sus cursos; cada vez que el abuelo, la abuela, la tía, o la mamá le relatan al pequeño las travesuras que pueblan y dan vida a las páginas de las *Tradiciones*. Palma sigue trabajando en el siglo XXI cada vez que un alumno de esta o de otra casa de estudios, de cualquier colegio de Lima o del más perdido pueblo del Perú, coge en sus manos alguna de sus tradiciones y se deja llevar por su pluma, esa pluma que hace que la historia se convierta en fantasía y la fantasía se torne realidad. Y todo eso con humor, con paciencia, y con un mensaje de amor a estas tierras.

Cada nueva generación de peruanos descubre a Ricardo Palma. Cada nueva generación aprende a querer a esta patria difícil, con sus grandezas y sus carencias, gracias a él. Nadie escapa a su influencia, ni siquiera los “millennials”. Tal vez no lo hayan leído, pero igual, con su ejemplo, con su solo nombre, Ricardo Palma influye en ellos. En eso, creo, radica el gran aporte de nuestro Tradicionista al Perú del siglo XXI.

Bibliografía

Basadre, J. (1981). *La vida y la historia. Ensayos sobre personas, lugares y problemas*, Lima: Industrialgráfica.

Flores Galindo, A. (1996). *Tiempo de plagas*, por, en *Obras completas*, vol. IV, 13-222, Lima, Concytec y Sur. Casa de Estudios del Socialismo.

Hampe Martínez, T. (2017). “Ricardo Palma y su labor restauradora en la Biblioteca Nacional: una apreciación centenaria”, Casa Museo Ricardo Palma, Consultado en: <http://ricardopalma.miraflores.gob.pe/?p=450>.

López Jiménez, S. (1997). *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Lima: Instituto de Diálogo y Propuestas.

Matos Mar, J. (1984). *Desborde popular y crisis del estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Paz Soldán, M. F. (1884). *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo

Quiroz, Alfonso W. (2008). *Corrupt circles. A history of unbound graft in Peru*, Washington DC y Baltimore: Woodrow Wilson Center Press y The Johns Hopkins University Press,

Stein, S. y Monge C. (1988). *La crisis del estado patrimonial en el Perú*. Lima-Miami, FL: Instituto de Estudios Peruanos y Universidad de Miami.

Tello, M. (1989). *Sobre el volcán. Diálogo frente a la subversión*, editado, Lima, Centro de Estudios Latinoamericanos.

Wilson, E. O. (2017). *The origins of creativity*, New York, Londres: Liveright Publishing Corporation.

Recibido el 7 de marzo del 2017

Aceptado el 1 de abril del 2017